

Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

UNIDAD 3B: TEOLOGÍA ASCÉTICA Y PASTORAL

73: Paternidad Espiritual y Discipulado

El Padre Espiritual en el Cristianismo Ortodoxo

Por el Metropolitano Kallistos Ware

Aquel que escale una montaña por primera vez necesita seguir una ruta conocida; y necesita tener con él, como compañero y guía, a alguien que ya ha estado allí arriba antes y es familiar con el sendero. Servir como tal compañero y guía es precisamente el papel del “Abba” o padre espiritual – a quien los griegos llaman “Geron”¹ y los rusos “Stárets,” un título que en ambas lenguas significa “viejo” o “anciano.” [1]

La importancia de la obediencia a un *Geron* se destaca desde la primera aparición del monasticismo en el Oriente Cristiano. San Antonio de Egipto dijo: “Conozco de monjes que se despeñaron después de gran esfuerzo y cayeron en la locura, pues confiaron en su propia obra ... Tan lejos como sea posible, por cada paso que da un monje, por cada gota de agua que bebe en su celda, ha de confiar en las decisiones del Anciano, para evitar cometer algunos de los errores que comete.” [2]

Este tema se enfatiza constantemente en los *Apotegmas* o *Dichos de los Padres del Desierto*: “Los Ancianos acostumbraban decir: “Si ves un joven monje escalando hacia cielo por su propia voluntad, agárralo por los pies y arrójalos hacia abajo, pues no es de beneficio alguno ... Si un hombre tiene fe en otro y se rinde en completa sumisión, no tiene necesidad de ocuparse de los mandamientos de Dios, sino que solo necesita confiar su completa voluntad en las manos de su padre. Entonces será intachable delante de Dios, porque Dios no requiere más de los principiantes que el despojo de sí mismo por medio de la obediencia.” [3]

Esta figura del *Stárets*, tan destacada en las primeras generaciones del monasticismo egipcio, ha conservado su significado pleno hasta el presente día en la Cristiandad Ortodoxa. “Existe algo más importante que todos los libros e ideas posibles,” afirma un laico ruso en el siglo XIX, el eslavófilo Kireyevsky, “y es el ejemplo de un *Stárets* ortodoxo, delante del cual puedes exponer cada uno de tus pensamientos y de quien puedes escuchar, no una opinión privada más o menos

¹ Existe el término Geronte es español (Nota del Traductor).

valiosa, sino el juicio de los Santos Padres. Alabado sea Dios, tales *Startsi* no han desaparecido aún de nuestra Rusia.” Y un sacerdote de la emigración rusa en nuestro siglo, el P. Alexander Elchaninov (†1934), escribe: “Su campo de acción es ilimitado... son indudablemente santos, reconocidos como tal por la gente. Siento que en nuestros trágicos días por estos medios esa fe sobrevivirá y se fortalecerá en nuestro país.” [4]

El Padre Espiritual como Figura “Carismática”

¿Qué le da derecho a un hombre a actuar como *stárets*? ¿Cómo y por quién es designado? Hay una respuesta sencilla para esto. El padre espiritual o *stárets* es esencialmente una figura “carismática o profética, acreditada para su tarea por la acción directa del Espíritu Santo. Es ordenado, no por mano humana, sino por la mano de Dios. Es una expresión de la Iglesia como “acontecimiento” o “suceso,” en vez de la Iglesia como institución. [5]

No existen, por supuesto, una línea exacta de demarcación entre lo profético y lo institucional en la vida de la Iglesia; cada uno crece a partir del otro y se encuentra entrelazado con este. El ministerio del *stárets*, en sí mismo carismático, se encuentra relacionado con una función claramente definida dentro del marco institucional de la Iglesia, el oficio de sacerdote confesor. En la tradición ortodoxa oriental, el derecho a oír confesiones no se garantiza automáticamente en la ordenación. Antes de actuar como confesor, un sacerdote necesita la autorización de su obispo; en la Iglesia Griega, solo una minoría del clero es autorizada, por lo tanto.

Aunque el sacramento de la confesión es, por supuesto, una ocasión apropiada para la dirección espiritual, el ministerio del *stárets* no es idéntico al del confesor. El *stárets* aconseja, no solo en la confesión, sino en muchas otras ocasiones. De hecho, mientras el confesor debe ser siempre un sacerdote, el *stárets* puede ser un simple monje, sin órdenes sagradas, o una monja, un laico o laica. El ministerio del *stárets* es más profundo, puesto que solo pocos sacerdotes confesores pueden reclamar la comprensión y la autoridad del anterior.

¿Pero, si el *stárets* no está ordenado o no ha sido designado por un acto de la jerarquía oficial, cómo emprende su ministerio? A veces un *stárets* existente designará a su propio sucesor. De esta manera, en ciertos centros monásticos como Optina en la Rusia del siglo XIX, se había establecido una “sucesión apostólica” de maestros espirituales. En otros casos, el *stárets* surge simplemente de manera espontánea, sin ningún acto de autorización externa. Como dice Elchaninov, son “reconocidos como tales por la gente.” Dentro de la vida continua de la comunidad cristiana, se hace obvio para el pueblo creyente de Dios (el verdadero guardián de la Santa Tradición) que esta o aquella persona posee el don de la paternidad espiritual. Entonces, de forma libre e informal, otros comienzan a llegar hasta él o ella en busca de consejo y dirección.

Debemos observar que la iniciativa proviene, como regla, no del maestro, sino de los discípulos. Sería peligrosamente presuntuoso para alguien decir en su propio corazón o a los demás,

“Vengan y sométanse a mí; soy un *stárets*; tengo la gracia del Espíritu.” Lo que sucede, en cambio, es que – sin reclamos de ninguna clase hechos por el *stárets* mismo – otros se le acercan buscando su consejo o tratando de vivir permanentemente bajo su cuidado. Al principio, probablemente los mande de regreso, diciéndoles que consulten a alguien más. Finalmente, llega el momento en el cual ya nos los rechaza más, sino que acepta su llegada como revelación de la voluntad de Dios. Por lo tanto, son sus hijos espirituales los que revelan al *stárets* a sí mismo.

La figura del *stárets* ilustra los dos niveles interpenetrantes sobre los cuales la Iglesia terrenal existe y funciona. Por una parte, existe un nivel externo, oficial, y jerárquico, con su organización geográfica en diócesis y parroquias, sus grandes centros (Roma, Constantinopla, Moscú, y Canterbury), y su “sucesión apostólica” de obispos. Por otra parte, existe el nivel interno, espiritual y “carismático,” al cual pertenecen ante todo los *startsi*. Aquí, los centros principales, en su mayor parte, no son las sedes primaciales y metropolitanas, sino ciertas ermitas remotas, en las cuales brillan unas pocas personalidades ricamente dotadas con los dones espirituales. La mayoría de los *startsi* no han poseído una posición exaltada en la jerarquía formal de la Iglesia; sin embargo, la influencia de un simple hieromonge como San Serafín de Sarov ha excedido la de cualquier patriarca u obispo en la Ortodoxia del siglo XIX. De esta manera, junto a la sucesión apostólica del episcopado, existe la de los santos y los hombres espirituales. Ambos tipos de sucesión son esenciales para el verdadero funcionamiento del Cuerpo de Cristo, y por medio de su interacción se lleva a cabo la vida de la Iglesia sobre la tierra

Escape y Retorno: la Preparación del *Stárets*

Aunque el *stárets* no es ordenado o designado para su tarea, ciertamente es necesario que sea *preparado*. El patrón clásico para esta preparación, que consiste en un movimiento de escape y retorno, puede discernirse claramente en las vidas de San Antonio de Egipto (†356) y San Serafín de Sarov (†1833).

La vida de San Antonio se divide en dos mitades bien definidas, con su año cincuenta y cinco como línea divisoria. Los años, desde su madurez temprana hasta la edad de cincuenta y cinco fueron su época de preparación, pasados en un aislamiento cada vez mayor del mundo a medida que se retiraba más y más en el desierto. Al final, pasó veinte años en un fuerte abandonado, sin encontrarse con nadie en lo absoluto. Cuando hubo alcanzado la edad de cincuenta y cinco, sus amigos no pudieron contener su curiosidad por más tiempo, y echaron abajo la entrada. San Antonio salió y, “por el medio siglo restante de su larga vida, sin abandonar la vida de ermitaño, estuvo libremente disponible para los demás, actuando como “un médico dado por Dios a Egipto.”” Fue amado por todos, añade su biógrafo, San Atanasio, “y todos deseaban tenerlo como su padre.” [6] Observe que la transición de anacoreta enclaustrado a padre espiritual sucedió, no por ninguna iniciativa de parte de San Antonio, sino por la acción de los demás. Antonio era un monje laico, nunca ordenado al sacerdocio.

San Serafín siguió un camino comparable. Después de quince años pasados en la vida ordinaria de la comunidad monástica, como novicio, monje profeso, diácono, y sacerdote, se retiró por treinta años a la soledad y al casi total silencio. Durante la primera parte de este período, vivió en una cabaña en el bosque; en cierto momento pasó mil días en el tocón de un árbol y mil noches de esos días sobre una roca, dedicándose a la oración incesante. Vuelto a llamar por su abad al monasterio, obedeció sin la más mínima demora; y durante la última parte de su tiempo en soledad vivió rígidamente enclaustrado en su celda, la cual no dejaba incluso para asistir a los servicios en la iglesia; los domingos el sacerdote le traía la comunión a la puerta de su habitación. Aunque era sacerdote no celebraba la liturgia. Finalmente, en los últimos ocho años de su vida, terminó su encierro, abriendo la puerta de su celda y recibiendo a todos los que venían. No hizo nada para anunciarse o para llamar a la gente; fueron los demás quienes tomaron la iniciativa de acercársele, pero cuando venían – a veces cientos o incluso miles en un mismo día – nunca los despidió con las manos vacías.

¿Sin esta intensa preparación ascética, sin este escape radical hacia la soledad, podían San Antonio o San Serafín haber actuado en el mismo grado como guías de esa generación? No que se hayan retirado para convertirse en maestros y guías de los demás. Escaparon, no para prepararse para alguna otra tarea, sino por un deseo arrollador de estar a solas con Dios. Dios aceptó su amor, pero luego los envió de vuelta como instrumentos de curación en el mundo del cual se habían retirado. Incluso si nunca los hubiera enviado de vuelta, su escapada hubiera sido aun supremamente creativa y valiosa para la sociedad; porque el monje ayuda al mundo no primariamente por algo que hace o dice, sino por lo que *es*, por el estado de oración incesante que se ha hecho idéntico con su ser más íntimo. Si San Antonio y San Serafín no hubiesen hecho otra cosa más que orar en soledad, aun así, hubiesen servido a sus prójimos al más alto grado. Al final, sin embargo, Dios ordenó que debían también servir de manera más directa. Pero, este servicio directo y visible era esencialmente una consecuencia del servicio invisible que habían hecho por medio de la oración.

“Adquiere la paz interna,” dijo San Serafín, “y una multitud de personas a tu alrededor encontrará la salvación.” Tal es el papel de la paternidad espiritual. Establécete en Dios; luego podrás traer otros a su presencia. Un hombre debe aprender a estar solo, ha de escuchar en la quietud de su propio corazón el habla silenciosa del Espíritu, y debe descubrir de esta manera la verdad acerca de sí mismo y acerca de Dios. Entonces, su obra hacia los demás será una palabra de poder, porque es una palabra nacida del silencio.

Lo que Nikos Kazantzakis dijo del almendro es también cierto del *stárets*: “Dije al almendro, “Hermana, háblame de Dios,” Y el almendro floreció.” Formado por el encuentro con Dios en la soledad, el *stárets* es capaz de sanar con su misma presencia. Guía y forma a otros, principalmente no por palabras de consejo, sino por su compañía, por el ejemplo vivo y

específico que establece – en una palabra, al florecer como el almendro. Enseña tanto por su silencio como por su palabra. “El Abba Teófilo el Arzobispo visitó una vez Scete, y cuando los hermanos se habían reunido le dijo a Abba Pambo, “Di una palabra al Papa para que sea edificado.” El Anciano les dijo: “Si no es edificado por mi silencio, tampoco será edificado por mis palabras.”” [8] Se cuenta una historia de San Antonio con la misma moraleja. Era costumbre de tres Padres visitar al Bendito Antonio una vez al año, y dos de ellos acostumbraban hacerle preguntas acerca de sus pensamientos (*logismoi*) y la salvación de su alma; pero el tercero permanecía completamente callado, sin hacer ninguna pregunta. Después de un largo tiempo, Abba Antonio le dijo: “Mira, has tenido el hábito de venir hasta mí todo este tiempo, y, sin embargo, no me haces ninguna pregunta.” Y el otro le respondió: “Padre, para mí es suficiente con mirarte.”” [9]

El verdadero viaje del *stárets* no ocurre espacialmente en el desierto, sino en el corazón. La soledad externa, si bien es útil, no es indispensable; y un hombre puede aprender a estar solo delante de Dios, mientras todavía continúa con una vida de servicio activo en medio de la sociedad. A San Antonio de Egipto le dijeron que un doctor en Alejandría era su igual en logro espiritual: En la ciudad hay alguien como tú, doctor de profesión, que da todo su dinero a los necesitados, y todo el día canta el Himno Tres Veces Santo con los ángeles.” [10] No se nos dice cómo esta revelación llegó a Antonio, ni cuál era el nombre del doctor, pero una cosa queda clara. La oración incesante del corazón no es monopolio de los solitarios; la vida mística y “angélica” es posible en la ciudad, así como en el desierto. El doctor alejandrino logró el viaje interior sin cortar sus lazos externos con la comunidad.

Existen también muchos casos en los cuales la partida y el retorno no se distinguen claramente en la secuencia temporal. Tomemos, por ejemplo, el caso del contemporáneo más joven de San Serafín, el Obispo Ignacio Brianchanínov (1807 - 1867). Entrenado originalmente como oficial del ejército, fue designado a la temprana edad de veintiséis para que tomara el cargo de un monasterio concurrido e influyente cerca de San Petersburgo. Su propio entrenamiento monástico había durado un poco menos de cuatro años antes de que fuese puesto en una posición de autoridad. Después de veinticuatro años como Abad, fue consagrado Obispo. Cuatro años más tarde presentó su dimisión, para pasar los restantes seis años de su vida como ermitaño. Aquí, un período de trabajo pastoral activo precedió a la etapa de reclusión anacorética. Cuando fue hecho abad, seguramente debe haberse sentido muy mal preparado. Su retirada secreta hacia el corazón fue emprendida continuamente durante los muchos años en los cuales administró un monasterio y una diócesis; pero esta no recibió una expresión exterior hasta en mismo fin de su vida.

La carrera del Obispo Ignacio [11] puede servir como paradigma para muchos de nosotros en la época presente, aunque (no es necesario decirlo) nos quedamos cortos ante su nivel de logro

espiritual. Bajo la presión de las circunstancias externas y probablemente sin que nos demos cuenta claramente de lo que nos sucede, nos vemos lanzados a una carrera de enseñanza, predicación, y consejería espiritual, mientras carecemos del profundo conocimiento del desierto y su silencio creativo. Pero, al enseñar a los demás, nosotros mismos comenzamos a aprender. Lentamente reconocemos nuestra impotencia para sanar las heridas de la humanidad únicamente por medio de programas filantrópicos, sentido común, y psiquiatría. Nuestra autocomplacencia se hace pedazos, y nos damos cuenta de nuestra propia insuficiencia, y empezamos a comprender lo que Cristo quiso decir con “una sola cosa es necesaria” (Lucas 10:42 SA). Ese es el momento en el que entramos en el sendero del *stárets*. Mediante nuestra experiencia pastoral, por medio de nuestra angustia por el dolor de los demás, se nos lleva a emprender el viaje interior, a ascender la escala del Reino, en donde solo una solución genuina para los problemas del mundo puede encontrarse. Sin duda pocos de nosotros, si acaso alguno, nos concebiríamos a nosotros mismos como *stárets* en sentido pleno, pero siempre y cuando tratemos con humilde sinceridad de entrar en la “habitación secreta” de nuestro corazón, podemos todos participar hasta cierto grado de la gracia de la paternidad espiritual. Quizás externamente nunca llevemos la vida de un recluso monástico o de un ermitaño – que descansa con Dios – pero, lo sumamente importante es que cada uno debe ver la necesidad de ser un ermitaño del corazón.

Los Tres Dones del Padre Espiritual

Tres dones en particular distinguen al padre espiritual. El primero es la perspicacia y el discernimiento (*diakrisis*), la capacidad de percibir intuitivamente los secretos del corazón de otro, de entender las profundidades ocultas de las cuales el otro no es consciente. El padre espiritual penetra debajo de los gestos y actitudes en los cuales escondemos nuestra verdadera personalidad de los demás y de nosotros mismos; y más allá de todas estas trivialidades, llega a captar la persona única hecha a imagen y semejanza de Dios. Este poder es espiritual en lugar de psíquico; no es simplemente una especie de percepción extrasensorial o una clarividencia santificada, sino fruto de la gracia, que presupone una oración concentrada y una lucha ascética infatigable.

Con este don del discernimiento viene la capacidad de usar las palabras con poder. A medida que cada persona viene ante él, el *stárets* conoce – inmediata y específicamente – lo que ese individuo necesita escuchar. En la actualidad, nos sentimos inundados con palabras, pero en su mayor parte estas evidentemente *no* son pronunciadas con poder. [12] El *stárets* usa pocas palabras, y a veces ninguna en lo absoluto; pero, por medio de estas palabras o por su silencio, es capaz de alterar toda la dirección de la vida de un hombre. En Betania, Cristo usó solo tres palabras: “Lázaro, sal afuera” (Juan 11:43); y estas tres palabras, dichas con poder, fueron suficientes para traer al muerto de vuelta a la vida. En una época en la cual el lenguaje ha sido

desgraciadamente trivializado, es vital redescubrir el poder de la palabra; y esto significa redescubrir la naturaleza del silencio, no solo como una pausa entre palabras, sino como una de las realidades primordiales de la existencia. La mayoría de los maestros y predicadores hablan demasiado; el *stárets* se distingue por una austera economía del lenguaje.

Pero, para que una palabra posea poder, es necesario que no solo haya alguien que hable con la autoridad genuina de la experiencia personal, sino también alguien que escuche con atención y entusiasmo. Si alguien pregunta a un *stárets* por vana curiosidad, es probable que reciba poco beneficio; pero si se acerca al *stárets* con una fe ardiente y una sed profunda, la palabra que escuche transfigurará su ser. Las palabras de los *startsi* son en su mayor parte simples en expresión verbal y carentes de artificio literario; para quienes las leen de manera superficial, parecerán ingenuas y banales.

El don de discernimiento del padre espiritual se ejerce en primer lugar por medio de la práctica conocida como “revelación de los pensamientos” (*logismo*). En el monasticismo oriental temprano el monje joven acostumbraba ir diariamente hasta su padre y exponía ante él todos los pensamientos que le llegaban durante el día. Esta revelación de los pensamientos incluye mucho más que una confesión de pecados, puesto que el novicio también habla de aquellas ideas e impulsos que pueden parecerle inocentes, pero en los cuales el padre puede discernir los peligros secretos o algunas señales significativas. La confesión es retrospectiva, tiene que ver con los pecados que ya han ocurrido; la revelación de los pensamientos, por otra parte, es profiláctica, porque desnuda nuestros *logismo* antes de que hayan conducido al pecado y los privan de su poder para hacer daño. El propósito de la revelación no es jurídico, para conseguir la absolución de la culpa, sino autoconocimiento, que cada quien pueda verse como realmente es. [13]

Dotado de discernimiento, el padre espiritual no espera simplemente que una persona se revele a sí misma, sino que muestra al otro los pensamientos que le son ocultos. Cuando la gente acudía a San Serafín de Sarov, a menudo contestaba a sus dificultades antes de que tuvieran tiempo de mostrar sus pensamientos delante de él. En muchas ocasiones la respuesta a primera vista parecía irrelevante, e incluso absurda e irresponsable; puesto que San Serafín lo que contestaba no era la pregunta que su visitante tenía de forma consciente en su mente, sino aquella que debería estar preguntando. En todo esto San Serafín se basaba en la luz interior del Espíritu Santo. Consideraba importante, explicaba, no elaborar por adelantado lo que iba a decir; en ese caso, sus palabras representarían solo su juicio humano el cual podría estar en el error, y no ser el juicio de Dios.

A los ojos de San Serafín, la relación entre el *stárets* y su hijo espiritual es más fuerte que la muerte y, por lo tanto, exhortó a sus hijos para que continuaran la revelación de sus pensamientos a él incluso después de su partida hacia la próxima vida. Estas son las palabras que, por mandato

suyo, fueron escritas en su tumba: “Cuando haya muerto, venid a mi tumba, y cuanto más a menudo, mejor. Cualquiera cosa que esté en vuestra alma, cualquiera cosa que os haya sucedido, venid a mí igual que cuando estaba vivo y, de rodillas sobre el suelo, echad toda vuestra amargura sobre mi tumba. Decidme todo y os escucharé, y toda la amargura huirá de vosotros. Así como hablabais conmigo cuando estaba vivo, hacedlo ahora. Puesto que vivo, y lo haré por siempre.”

El segundo don del padre espiritual es *la capacidad de amar a los demás y de convertir sus sufrimientos en propios*. De Abba Poemen, uno de los más grandes gerontes egipcios, se ha registrado de manera breve y sencilla: “Poseía amor, y muchos venían a él.” [14] *Poseía amor* – esto es indispensable en toda paternidad espiritual. La penetración ilimitada en los secretos de los corazones humanos, si está desprovista de compasión amorosa, no sería creativa, sino destructiva; aquel que no puede amar a los demás tendrá poco poder para sanarlos.

Amar a los demás implica sufrir con ellos y por ellos; tal es el sentido literal de la compasión. “Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2). El padre espiritual es “el que por excelencia lleva las cargas de los demás.” “Un stárets,” escribe Dostoyevsky en *Los Hermanos Karamázov*, “es el que toma tu alma y tu voluntad, en su alma y su voluntad...” No es suficiente para él ofrecer consejo. Exige también que tome el alma de sus hijos espirituales en su propia alma, su vida en su vida. Es tarea suya orar por ellos, y su constante intercesión en su favor es más importante para ellos que cualesquiera palabras de consejo. [15] Su tarea, de la misma manera, es asumir sus pesares y sus pecados, tomar sus culpas sobre sí mismo, y contestar por ellos en el Juicio Final.

Todo esto se pone de manifiesto en un documento fundamental de la dirección espiritual oriental, los *Libros de Barsanufio y Juan*, que comprenden unas 850 preguntas dirigidas a dos ancianos del siglo VI en Palestina, junto con sus respuestas escritas. “Como Dios mismo sabe;” insiste Barsanufio a sus hijos espirituales, “no existe un segundo o una hora en que no os tenga en mi mente y en mis oraciones ... Me preocupo más por vosotros de lo que os preocupáis por vosotros mismo ... Daría alegremente mi vida por vosotros.” Esta es su oración a Dios: “Oh Señor, o bien traes a mis hijos conmigo a tu Reino, o me borras de tu libro.” Al retomar el tema de llevar las cargas de los demás, Barsanufio afirma: “Llevo vuestras cargas y cargo con vuestras ofensas ... Os habéis convertido en un hombre sentado bajo un árbol que da sombra ... Tomo sobre mí mismo la sentencia de condenación en contra vuestra, y por la gracia de Cristo, no os abandonaré, ni en esta época ni en la Era por Venir.” [16]

Los lectores de Charles Williams² se acordarán del principio del “amor sustituto,” el cual juega un papel central en *Descent into Hell* [*Descenso al Infierno*]. La misma línea de pensamiento la expresa el *stárets* Zosima: “Existe un solo medio de salvación, y es que os hagáis responsables por los pecados de todos los hombres ... que os hagáis responsables con toda sinceridad por todo y por todos.”

No obstante, la relación entre el padre espiritual y sus hijos no es unilateral. Aunque toma la carga de su culpa sobre sí mismo y responde por ellos ante Dios, no puede hacerlo efectivamente a menos que ellos mismos estén luchando con todo su corazón por su propia salvación. Una vez un hermano vino hasta San Antonio de Egipto y le dijo: “Ruega por mí.” Pero, el Anciano le contestó: Ni yo tendré piedad de ti, ni la tendrá Dios, a menos que hagas algún esfuerzo por tu parte.” [17]

Cuando tomamos en consideración el amor de un *stárets* por aquellos que se encuentran bajo su cuidado, es importante que demos significado pleno a la palabra “padre” en el título “padre espiritual.” Así como padre e hijo en una familia corriente deberían estar unidos en un amor mutuo, así debe ser también dentro de la familia “carismática” del *stárets*. Es fundamentalmente una relación en el Espíritu Santo, y aunque la fuente del afecto humano no debe ser suprimida con dureza, debe ser contenida dentro de ciertos límites. Se narra cómo un joven monje cuidó de su anciano, el cual estaba gravemente enfermo, por doce años sin interrupción. Nunca, durante ese período su anciano le dio gracias o le dijo siquiera una palabra de bondad. Solo en su lecho de muerte les comentó a los hermanos reunidos, “Es un ángel y no un hombre.” [18] La historia es valiosa como indicio de la necesidad del desprendimiento espiritual, pero tal supresión inflexible de todas las señales de afecto no es típica de los *Dichos de los Padres del Desierto*, aún menos de Barsanufio y Juan.

Un tercer don del padre espiritual es *el poder de transformar el ambiente humano*, tanto material como inmaterial. El don de curación, poseído por tantos *startsi*, es un aspecto de este poder: por lo general, el *stárets* ayuda a sus discípulos a percibir el mundo como Dios lo creó y como Dios desea que sea una vez más. “¿Podéis regocijaros también en las obras de vuestro Padre?” pregunta Thomas Traherne.³ “Él Mismo está en todo.” El verdadero *stárets* es aquel que discierne esta presencia universal del Creador por toda la creación, y ayuda a los demás a discernirla. Como dijera William Blake, “Si las puertas de la percepción fueran limpiadas, todo aparecería al hombre como es, infinito.” Para el hombre que habita en Dios, no existe nada

² Charles Walter Stansby William (1886 - 1945), fue un poeta, novelista, teólogo y crítico literario inglés amigo de J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis. Aunque principalmente se le recuerda como novelista, Williams también publicó obras de crítica literaria, teología, teatro, historia, biografía, y numerosas reseñas de libros. Algunas de sus mejores novelas son *War in Heaven* (1930), *Descent into Hell* (1937) y *All Hallows' Eve* (1945). (Nota del Traductor).

³ Thomas Traherne (1636 – 1674). Escritor, teólogo, sacerdote anglicano y poeta inglés, considerado entre los llamados poetas metafísicos del siglo XVII. (Nota del Traductor).

mezquino y trivial: lo ve todo a la luz del Monte Tabor. “¿Qué es un corazón misericordioso?” inquiriere San Isaac el Sirio. “Es un corazón que arde con el amor por toda la creación – por los hombres, por las aves, por las bestias, por los demonios, por cada criatura. Cuando un hombre con un corazón como este piensa acerca de las criaturas o las mira, sus ojos se llenan de lágrimas; una compasión sobrecogedora hace que su corazón se encoja y se debilite; y no puede soportar escuchar o ver ningún sufrimiento, incluso el más mínimo dolor, infligido a ninguna criatura. Por lo tanto, nunca deja de orar, con lágrimas incluso por los animales irracionales, por los enemigos de la verdad, y por aquellos que le hacen daño, pidiendo que sean protegidos y reciban la misericordia de Dios. Y por los reptiles también ora con gran compasión, la cual se alza infinitamente en su corazón hasta que brilla de nuevo y es glorioso como Dios.” [19]

Un amor que todo lo abarca, como el del *stárets* Zosima de Dostoyevsky, transfigura su objeto, haciendo que el ambiente humano sea transparente, de tal manera que las energías increadas de Dios brillen a través de él. Un vislumbre momentáneo a lo que supone esta transfiguración lo provee la célebre conversación entre San Serafín de Sarov y Nicolás Motovilov, su hijo espiritual. Caminaban en el bosque un día de invierno y San Serafín habló de la necesidad de adquirir el Espíritu Santo. Esto llevó a Motovilov a preguntar cómo un hombre puede saber con certeza que está “en el Espíritu de Dios.”

Entonces el Padre Serafín me tomó con mucha firmeza por los hombros y dijo: “Ambos estamos ahora en el Espíritu de Dios, hijo mío. ¿Por qué no me miras?”

Le respondí: “No puedo mirar, Padre, porque tus ojos brillan como un relámpago. Tu rostro se ha hecho más brillante que el sol, y mis ojos sufren dolor cuando te miro.”

“¡No te alarmes! Ahora te has hecho tan brillante como yo. Ahora te encuentras tú mismo en la plenitud del Espíritu de Dios; de otra manera no hubieras sido capaz de verme como lo haces ... pero, ¿por qué, hijo mío, no me miras a los ojos?” solo mira, y no tengas miedo; el Señor está con nosotros.”

“... Después de estas palabras levanté mi mirada hacia su rostro y se apoderó de mí un gran temor reverente. Imaginad en el centro del sol, en la deslumbrante luz de sus rayos al mediodía, la faz de un hombre que os habla. Veis el movimiento de sus labios y la cambiante expresión de sus ojos, escucháis su voz, sentís que alguien sostiene vuestros ojos; sin embargo, no veis sus manos, incluso no os veis a vosotros mismos ni su figura, solo una luz cegadora que se extiende lejos en derredor por varias yardas e ilumina con su deslumbrante brillo la capa de nieve que cubría el claro del bosque y los copos de nieve que continuaban cayendo sin cesar.” [20]

Obediencia y Libertad

Tales son por la gracia de Dios, los dones del *stárets*. ¿Pero, qué sucede con los hijos espirituales? ¿Cómo contribuye él a la relación mutua entre padre e hijo en Dios?

En pocas palabras, qué ofrece en su obediencia plena e incuestionable. Como ejemplo clásico existe la historia en los *Dichos de los Padres del Desierto* acerca de un monje al cual le fue dicho que plantase una rama seca en la arena y la regara diariamente. La fuente estaba tan distante de su celda que tenía que salir de noche para ir a traer el agua y solo regresaba en la mañana siguiente. Por tres años cumplió pacientemente la orden de su Abba. Al final de este período, la rama echó hojas de pronto y dio fruto. El Abba recogió el fruto, lo llevó a la iglesia, e invitó a los monjes, diciendo,

“Venid y gustad del fruto de la obediencia.” [21]

Otro ejemplo de obediencia es el monje Marcos que fue llamada por su Abba, mientras copiaba un manuscrito, y tan inmediata fue su respuesta que incluso no completó el círculo de la letra que estaba escribiendo. En otra ocasión, mientras caminaban juntos, su Abba vio un pequeño cerdo; para probar a Marcos, le dijo: “¿Ves ese búfalo, hijo mío?” “Sí, Padre,” respondió Marcos. “¿Y ves cuán poderosos son sus cuernos?” “Sí, Padre,” le contestó una vez más sin poner reparos. [22] El Abba José de Panepho, siguiendo una política semejante, probaba la obediencia de sus discípulos asignándoles tareas ridículas, y solo si se quejaban les daba órdenes sensatas. [23] Otro geron les ordenaba a sus discípulos robar cosas de las celdas de los hermanos; [24] aún otro le dijo a su discípulo (que no había sido totalmente sincero con él) que arrojara a su hijo dentro del horno. [25]

Tales historias probablemente creen una impresión un tanto ambivalente en el lector moderno. Parecen reducir al discípulo a un nivel infantil o subhumano, privándolo de todo poder de juicio y de elección moral. Preguntamos con indignación: “¿Es esta la “gloriosa libertad de los hijos de Dios?”” (Romanos 8:21).

Debemos aclarar tres puntos aquí. En primer lugar, la obediencia ofrecida por el hijo espiritual a su Abba no es forzada, sino espontánea y voluntaria. Es tarea del *stárets* tomar nuestra voluntad en su voluntad, pero solo puede hacerlo si por nuestra libre elección la ponemos en sus manos. No quebranta nuestra voluntad, sino que la acepta de nosotros como una ofrenda. Una sumisión forzada e involuntaria obviamente carece de valor moral; el *stárets* busca de cada uno que ofrezca su corazón a Dios, no sus acciones externas.

La naturaleza voluntaria de la obediencia se enfatiza vívidamente en la ceremonia de la tonsura en el rito ortodoxo de la profesión monástica. Las tijeras se colocan sobre el Libro de los Evangelios, y el novicio debe tomarlas y entregarlas al abad. El abad inmediatamente las vuelve a colocar sobre el Libro de los Evangelios. De nuevo el novicio toma las tijeras, y otra vez son vueltas a colocar. Solo cuando el novicio le devuelve las tijeras por tercera vez el abad procede a cortar el cabello. A partir de entonces, el monje nunca tiene el derecho de decir al abad o a los hermanos: “Mi personalidad es coartada y suprimida aquí en el monasterio; me han privado de

mi libertad." Nadie le ha privado de su libertad, porque fue él mismo quien tomó las tijeras y las colocó tres veces en las manos del abad.

Pero, este ofrecimiento voluntario de nuestra libertad es obviamente algo que no puede ser hecho de una vez y para siempre, por un simple gesto. Debe existir una ofrenda continua, que se extienda sobre toda nuestra vida. Nuestro crecimiento de Cristo se mide precisamente por el grado creciente de nuestra propia entrega. Nuestra libertad debe ser ofrecida de nuevo cada día y cada hora, de formas constantemente diferentes; y esto significa que la relación entre el *stárets* y el discípulo no es estática, sino dinámica; no es inmutable, sino infinitamente diversa. Cada día y cada hora, bajo la guía de su Abba, el discípulo enfrentará nuevas situaciones, que requieren diferente respuesta, una nueva clase de entrega propia.

En segundo lugar, la relación entre el *stárets* y el hijo espiritual no es unilateral, sino bilateral. Así como el *stárets* hace posible que los discípulos se vean a sí mismos como realmente son, de igual manera los discípulos son los que revelan al *stárets* a sí mismo. En la mayoría de los casos, un hombre no se da cuenta de que está llamado a ser un *stárets* hasta que otros vienen hasta él e insisten en ponerse bajo su guía. Esta reciprocidad continúa a lo largo de la relación entre los dos. El padre espiritual no posee un programa exhaustivo, cuidadosamente diseñado de antemano e impuesto de la misma manera a todos. Por el contrario, si es un verdadero *stárets*, tendrá una palabra diferente para cada uno; y, puesto que la palabra que da está en el nivel más profundo, no el suyo propio, sino el del Espíritu Santo; no sabe por adelantado cuál será esa palabra. El *stárets* procede sobre la base, no de reglas abstractas, sino de situaciones humanas concretas. Él y su discípulo entran en cada situación juntos, sin que de antemano sepa exactamente ninguno de los dos cuál será el resultado, esperando ambos por la iluminación del Espíritu. Cada uno de ellos, el padre espiritual, así como el discípulo, han de aprender a medida que avanzan.

La mutualidad de su relación es indicada por ciertas historias en los *Dichos de los Padres del Desierto*, en donde un Abba indigno tiene un hijo espiritual mucho mejor que él mismo. El discípulo, por ejemplo, descubre a su Abba en el pecado de la fornicación, pero pretende no haberse dado cuenta de nada y permanece bajo su cuidado; y de esta manera, por medio de la paciente humildad de su nuevo discípulo, el padre espiritual es llevado al final al arrepentimiento y a una nueva vida. En tal caso, no es el padre espiritual el que ayuda al discípulo, sino a la inversa. Obviamente, tal situación está lejos de lo normal, pero indica que el discípulo está llamado a dar, así como a recibir.

En realidad, la relación no es bilateral, sino triangular, porque además del *stárets* y su discípulo existe un tercer compañero, Dios. Nuestro Señor insistía en que no debemos llamar "padre" a ningún hombre, porque tenemos un solo padre, que está en el cielo (Mateo 13:8-10). El *stárets* no es un juez infalible o una corte final de apelación, sino un consiervo del Dios vivo; no un

dictador, sino un guía y un compañero en el camino. El único “director espiritual” verdadero, en el sentido pleno de la palabra, es el Espíritu Santo.

Esto nos conduce al tercer punto. En la tradición ortodoxa oriental en su mejor momento, el padre espiritual siempre ha tratado de evitar cualquier clase de coacción y de violencia espiritual en sus relaciones con su discípulo. Si bajo la guía del Espíritu, habla y actúa con autoridad, es con la autoridad del amor humilde. Las palabras del *stárets* Zosima en *Los Hermanos Karamazov* expresan un aspecto esencial de la paternidad espiritual: “Ante algunas ideas quedas perplejo, especialmente ante la vista de los pecados de los hombres, sin saber si combatirlos por la fuerza o mediante el amor humilde. Decide siempre, “Lo combatiré con el amor humilde.” Si compensas tu mente con esto de una vez por todas, puedes conquistar el mundo entero. La humildad amorosa es una fuerza terrible; es la más fuerte de todas las cosas y nada se le asemeja.”

Preocupados por evitar toda coacción mecánica, muchos padres espirituales del Oriente Cristiano rechazaban proporcionarles a sus discípulos una regla de vida, una serie de mandamientos externos para que los aplicaran automáticamente. Según un monje rumano contemporáneo, el *stárets* es “no un legislador, sino un mistagogo.” [26] Guía a otros, no al imponerles reglas, sino compartiendo su vida con ellos. Un monje le dijo a Abba Poemen: “Algunos hermanos han venido a vivir conmigo; ¿quieres darles algunas órdenes?” “No,” dijo el Anciano. “Pero, Padre,” insistió el monje, “ellos mismos quieren que les dé órdenes.” “No,” repitió Poemen, “sé un ejemplo para ellos, pero no un legislador.” [27] La misma moral se revela a partir de la historia de Isaac el Sacerdote. Cuando era un joven, permaneció primero con Abba Kronio y luego con Abba Teodoro de Pherme; pero ninguno de ellos le dijo qué hacer. Isaac se quejó a los demás monjes y ellos fueron y se quejaron con Teodoro. “Si lo desea,” le respondió finalmente, “dejad que haga lo que me ve haciendo.” [28] Cuando le pidieron a Barsanufio que proporcionara una regla detallada de vida, se rehusó, diciendo: “No quiero que estéis bajo la ley, sino bajo la gracia.” Y en otras cartas escribió: “Sabéis que nunca hemos impuesto cadenas a nadie... No forcéis el libre albedrío de los hombres, sino sembrad con esperanza, porque nuestro Señor no fuerza a nadie, sino que predicó las buenas nuevas, y aquellos que quisieron Lo escucharon.” [29]

No forcéis el libre albedrío de los hombres. La tarea del padre espiritual no es destruir la libertad de un hombre, sino ayudarlo a ver la verdad por sí mismo; no suprimir la personalidad de un hombre, sino capacitarlo para que se descubra a sí mismo; crezca hasta la completa madurez y se convierta en lo que realmente es. Si en ocasiones el padre espiritual necesita una obediencia implícita y aparentemente “ciega” de parte de su discípulo, nunca se hace como un fin en sí mismo, ni con el propósito de esclavizarlo. El propósito de este tratamiento de choque es simplemente liberar al discípulo de su “ego” falso e ilusorio, para que pueda entrar en la

verdadera libertad. El padre espiritual no impone sus propias ideas y devociones, sino que ayuda al discípulo a encontrar su propia vocación especial. Como dijo un benedictino del siglo XVII, Dom Augustine Baker: “El director no está para enseñar su propio camino, ni siquiera determinada forma de oración, sino para instruir a sus discípulos en cómo ellos mismos pueden encontrar la manera adecuada para ellos ... En resumen, él es solo el ayudante de Dios, y debe conducir las almas hacia el camino de Dios, y no al suyo propio.” [30]

En último caso, lo que el padre espiritual da a su discípulo no es un código de normas escritas u orales, ni un conjunto de técnicas de meditación, sino una relación personal. Dentro de esta relación personal el Abba crece y cambia, así como también lo hace el discípulo, puesto que Dios los guía constantemente. En ocasiones puede proveer al discípulo con instrucciones verbales detalladas, con respuestas precisas a preguntas específicas. En otras ocasiones no dará ninguna respuesta del todo, ya sea porque piensa que las preguntas no necesiten respuesta, o porque aún no sabe cuál debe ser la respuesta. Pero, estas preguntas – o este hecho de no responder – se dan siempre dentro del marco de una relación personal. Muchas cosas no pueden decirse con palabras, pero pueden ser transmitidas por medio de un encuentro personal directo.

En la Ausencia de un *Stárets*

¿Y qué debe hacer uno, si no puede encontrar un padre espiritual? Debe volverse, en primer lugar, hacia los *libros*. Al escribir en la Rusia del siglo V, San Nilo Sorsky se lamenta de la extrema escasez de directores espirituales calificados; sin embargo, ¡cuán frecuentes deben haber sido en su época comparada con la nuestra! Buscad diligentemente, nos exhorta, por una guía segura y digna de confianza. “No obstante, si tal maestro no puede ser encontrado, entonces los Santos Padres nos ordenan que nos volvamos hacia las Escrituras y escuchemos a Nuestro Señor Mismo hablando.” [31] Ya que el testimonio de las Escrituras no debe desligarse del testimonio continuo del Espíritu en la vida de la Iglesia, el buscador también leerá las obras de los Padres, y por encima de todo la *Filocalia*. Pero, hay un peligro evidente aquí. El *stárets* adapta su guía al estado interno de cada uno; los libros ofrecen el mismo consejo a todos. ¿Cómo ha de discernir el principiante si un texto en particular es o no aplicable a su propia situación? Incluso si no puede encontrar a un padre espiritual en sentido pleno, debe al menos tratar de hallar a alguien más experimentado que él mismo, capaz de guiarlo en su lectura.

También es posible aprender de los lugares que visitemos en los cuales la gracia divina se ha manifestado de manera excepcional y en donde la oración se ha concentrado especialmente. Antes de tomar una decisión importante, y en ausencia de otra guía, muchos cristianos ortodoxos irán en peregrinación a Jerusalén o a Monte Athos, a algún monasterio o a la tumba de un santo, en donde orarán por iluminación. Esta es la manera en la cual he tomado las decisiones más difíciles en mi vida.

En tercer lugar, podemos aprender de las *comunidades religiosas* con una tradición establecida de la vida espiritual. En ausencia de un maestro personal, el ambiente monástico puede servirnos como gurú. Podemos recibir nuestra formación a partir de la secuencia ordenada del programa diario, con sus períodos de oración litúrgica y silenciosa, con su balance de labor manual, estudio, y recreación. [32] Esta parece haber sido la vía mediante la cual San Serafín hizo su entrenamiento espiritual. Un monasterio bien organizado incorpora, en una forma accesible y viva, la sabiduría heredada de muchos *stárets*. No solo los monjes, sino aquellos que vienen como visitantes por un período más largo o más corto, pueden ser formados y guiados por la experiencia de vida de la comunidad.

De hecho, no es coincidencia que la clase de padre espiritual que hemos estado describiendo surgiera inicialmente en el Egipto del siglo IV, no dentro de las comunidades completamente organizadas bajo San Pacomio, sino entre los ermitaños y en el medio semieremítico de Nitria y Scete. En el anterior, la dirección espiritual era provista por el mismo Pacomio, por los superiores de cada monasterio, y por los directores de las “casas” individuales dentro del monasterio. La Regla de San Benito también concibe al abad como padre espiritual, y no existe disposición alguna para el desarrollo de un tipo más “carismático.” Con el tiempo, por supuesto, las comunidades cenobíticas incorporaron muchas de las tradiciones que siempre se habían sentido menos intensamente en los *coenobia*, precisamente porque la dirección es provista por la vida colectiva ejercida bajo la guía de la Regla.

Finalmente, antes de que dejemos el tema de la ausencia del *stárets*, es importante que reconozcamos la flexibilidad extrema en la relación entre el *stárets* y discípulo. Algunos pueden ver a su padre espiritual diariamente o incluso a cada hora, orando, comiendo, y trabajando con él, quizás compartiendo lo misma celda, como sucedía a menudo en el Desierto Egipcio. Otros pueden verlo solo una vez al mes o una vez al año; otros, por otro lado, pueden visitar un *stárets* en una sola ocasión en toda su vida, sin embargo, esto será suficiente para ponerlos en el camino recto. Existen, además, muchos tipos diferentes de padre espiritual; pocos serán hacedores de milagros como San Serafín de Sarov. Existen numerosos sacerdotes y laicos que, si bien carecen de los atributos más espectaculares de los *startsi*, ciertamente son capaces de proveer a los demás con la guía que necesitan.

Mucha gente imagina que no pueden encontrar un padre espiritual, porque esperan que sea de una clase particular: quieren un San Serafín, y así cierran sus ojos a los guías que Dios realmente les está enviando. A menudo, sus supuestos problemas no son muy complicados, y en realidad ya saben en su propio corazón cuál es la respuesta. Pero, no les gusta la respuesta, porque esta involucra un esfuerzo paciente y sostenido de su parte: y, por lo tanto, esperan un *deus ex*

*machina*⁴ que, por medio de una sola palabra milagrosa, haga que de pronto todo sea fácil. Tales personas necesitan ser ayudadas para que comprendan la verdadera naturaleza de la dirección espiritual.

Ejemplos Contemporáneos

En conclusión, deseo recordar brevemente a dos *startsi* de nuestra propia época, a quienes he tenido la felicidad de conocer personalmente. El primero es el Padre Anfiloquio (†1970), Abad del Monasterio de San Juan en la Isla de Patmos, y padre espiritual de una comunidad de monjas que había fundado no lejos del monasterio. Lo que más distinguía su carácter era su gentileza, lo cálido de su afecto, y su sentido de gozo tranquilo, pero triunfante. La vida en Cristo, como la entendía, no es un pesado yugo, ni una carga para ser llevada con resignación, sino una relación personal para ser ejercida con un corazón entusiasta. Se oponía firmemente a toda violencia y crueldad espiritual. Fue típico que, mientras yacía en su lecho de muerte y se despedía de las monjas bajo su cuidado, le pidió con insistencia a la abadesa que no fuera tan severa con ellas: “Lo han dejado todo para venir aquí, no tienen que ser infelices.” [33] Cuando tuve que regresar desde Patmos a Inglaterra como sacerdote recién ordenado, él insistió en que no era necesario temerle a nada.

Mi segundo ejemplo es el Arzobispo Juan (Maximovich), obispo ruso en Shanghái, en Europa Occidental, y finalmente en San Francisco (†1966). Casi que enano de estatura, con el cabello y la barba enmarañados, y con cierto impedimento en el habla, poseía mucho más que un toque del “Loco por Cristo.” Desde la época de su profesión como monje, no se acostó en una cama para dormir en las noches; se mantenía trabajando y orando, durmiendo en algún que otro rato en 24 horas. Deambulaba descalzo por las calles de París, y una vez celebró un servicio memorial entre las líneas del tranvía cerca del puerto de Marsella. La puntualidad tenía poco significado para él. Perplejos por su conducta impredecible, los más convencionales entre su rebaño a veces lo consideraban poco apropiado para la labor administrativa de un obispo. Pero, con su desprecio por las formalidades normales tuvo éxito en donde otros, que confiaban en las influencias mundanas y la pericia, había fallado completamente – como cuando, en contra de toda esperanza y a pesar del sistema de “cuotas,” consiguió la admisión de miles de refugiados rusos sin hogar en los Estados Unidos de América.

En las conversaciones privadas era muy tierno; y se ganaba muy rápido la confianza de los niños pequeños. Especialmente asombrosa era la intensidad de su oración intercesora. Cuando era posible, le gustaba celebrar la Divina Liturgia diariamente, y el servicio a menudo necesitaba dos o tres veces el espacio normal de tiempo, tal era la multitud de aquellos que conmemoraba

⁴ *Deus ex machina*: locución latina. En alusión a un elemento externo que resuelve una situación, fuera de la lógica que impera en la misma (Nota del Traductor).

individualmente por su nombre. A medida que oraba por ellos, nunca fueron simples nombres en una larga lista, sino siempre personas. Una de las historias que me contaron es típica. Era costumbre suya visitar cada año el Monasterio de la Santa Trinidad en Jordanville, N.Y. cuando se iba, después de una de tales visitas, un monje le dio un papelito con cuatro nombres de los que estaban gravemente enfermos. El Arzobispo Juan recibía miles y miles de tales peticiones de oración en el curso de cada año. A su regreso al monasterio unos doce meses después, de repente le hizo señas al monje, y para la sorpresa de este último, del interior de su sotana el Arzobispo Juan sacó un papelito idéntico, ahora arrugado y hecho jirones. “He orado por tus amigos,” le dijo, “pero, dos de ellos” – señaló sus nombres – “ahora están muertos y los otros dos se han recuperado.” Y así fue realmente.

Incluso a distancia compartía las preocupaciones de sus hijos espirituales. Uno de ellos, superior de pequeño monasterio ortodoxo en Holanda, estaba sentado una noche en su habitación, incapaz de dormir por la ansiedad causada por los problemas que enfrentaba. Alrededor de las tres en punto de la mañana, sonó el teléfono; era el Arzobispo Juan, que le hablaba desde muchos cientos de millas de distancia. Lo había llamado para decirle que era hora de que el monje fuera a la cama.

Tal es el rol del padre espiritual. Como lo expresó Barsanufio: “Me preocupo más por ti de lo que tú te preocupas por ti mismo.”

Notas Finales

1. Sobre la paternidad espiritual en el Oriente Cristiano, vea el estudio bien documentado de I. Hausherr, S. L., *Direction Spirituelle en Orient d'Autrefois* (Orientalia Christiana Analecta, 144: Roma, 1955). Un retrato excelente de un gran stárets de la Rusia del siglo XIX lo provee J. B. Dunlop, *Staretz Amvrosy: Model for Dostoevsky's Staretz Zossima* (Belmont, Mass, 1972); compare también con I. de Beausobre, *Macanus, Starets of Optina: Russian Letters of Direction 1834-1860* (Londres, 1944). Para la vida y los escritos de un stárets en el presente siglo, vea: Archimandrita Sofronio, *The Undistorted Image. Staretz Silouan: 1866-1938* (Londres, 1958).
2. *Apophthegmata Patrum*, colección alfabética (Migne, P.G., 65, pp. 37-8).
3. *Les Apophthegmes des Pères du Desert*, by J. C. Guy, S.J. (Textes de Spiritualité Orientale, No. 1: Etiolles, 1968), pp. 112, 158.
4. A. Elchaninov, *The Diary of a Russian Priest*, (London, 1967), p. 54.
5. Uso “carismático” en el sentido restringido dado habitualmente a este por los escritores contemporáneos. Pero, si esa palabra indica a quien ha recibido los dones o carismas del Espíritu Santo, entonces el sacerdote ministerial, ordenado por medio de la imposición de manos episcopal, es tan genuinamente “carismático” como el que habla en lenguas.
6. *La Vida de San Antonio*, capítulos 87 y 81 (P.G. 26, 965A, y 957A.)

7. Citado en: Igumen Chariton, *The Art of Prayer: An Orthodox Anthology* (Londres, 1966), p. 164. [Nota del Administrador de la Web: No pude determinar dónde apareció esta nota en el artículo original].
8. *Apophthegmata Patrum*, colección alfabética, Teófilo el Arzobispo, p. 2. En el Oriente Cristiano, el Patriarca de Alejandría lleva el título de "Papa."
9. *Ibid.*, Antonio, p. 27.
10. *Ibid.*, Antonio, p. 24.
11. Compare con el contemporáneo de Ignacio, el Obispo Teófanos el Recluso (†1894) y San Tijón de Zadonsk (†1753).
12. Tres de las grandes pesadillas del siglo XX son la taquigrafía, los mimeógrafos y las fotocopiadoras. Si los presidentes de los comités y los que poseen autoridad fueran obligados a escribir personalmente en escritura normal todo lo que quieren comunicar a los demás, sin duda escogerían sus palabras con gran cuidado.
13. Evergetinos, *Synagoge*, 1, 20 (ed. Victor Matthaiou, I, Atenas, 1957), pp. 168-9.
14. *Apophthegmata Patrum*, colección alfabética, Poemen, p. 8.
15. Para la importancia de las oraciones del padre espiritual, vea por ejemplo *Les Apophthegmes des Peres du Désert*, tr. Guy, "série des dits anonymes ("serie de dichos anónimos," p. 160.
16. *El Libro de Barsanufio y Juan*, editado por Sotirios Schoinas (Volos, 1960), pp. 208, 39, 353, 110 y 23g. Una edición crítica de una parte del texto griego, acompañada por una traducción al inglés, ha sido preparada por D. J. Chitty: *Varsanuphius and John, Questions and Answers*, (Patrologia Orientalis, XXXI, 3, Paris, 1966). [Estos y otros muchos libros excelentes sobre dirección espiritual se encuentran disponibles en St. Herman Press. – OCIC Ed.
17. *Apophthegmata Patrum*, colección alfabética, Antonio, p. 16.
18. *Ibid.*, Juan el Tebano, p. 1.
19. *Mystic Treatises of Isaac of Nineveh*, trad. por A. J. Wensinck, (Amsterdam, 1923), p. 341.
20. "Conversation of St. Seraphim on the Aim of the Christian Life," en *A Wonderful Revelation to the World* (Jordanville, NY, 1953), pp. 23-24.
21. *Apophthegmata Patrum*, colección alfabética, Juan Colobos, p. 1.
22. *Ibid.*, Marcos el discípulo de Silvano, pp. 1, 2.
23. *Ibid.*, José de Panepho, p. 5.
24. *Ibid.*, Saio, p. 1. El geron posteriormente devolvía las cosas a sus legítimos dueños.
25. *Les Apophthegmes des Peres du Desert*, trad. Guy, "serie des dits anonymes ("serie de dichos anónimos," p. 162. Existe una historia paralela en la colección alfabética, Sisoës, p. 10; cf. Abraham and Isaac (Gen. 22).
26. Fr. André Scrima, "La Tradition du Père Spirituel dan l'Église d'Orient." *Hermes*, 1967, No. 4, p. 83.
27. *Apophthegmata Patrum*, colección alfabética, Poemen, p. 174.

28. *Ibid.*, Isaac el Sacerdote, p. 2.
29. *El Libro de Barsanufio y Juan*, pp. 23, 51, 35.
30. Citado por Thomas Merton, *Spiritual Direction and Meditation*. (1960), p. 12.
31. "The Monastic Rule," en G. P. Fedotov, *A Treasury of Russian Spirituality*, (London, 1950), p.96.
32. Vea: Thomas Merton, *op. cit.*, pp. 14-16, sobre los peligros de la disciplina monástica rígida sin una propia dirección espiritual.
33. Vea: I. Gorainoff, "Holy Men of Patmos", *Sobornost* (The Journal of the Fellowship of St. Alban and St. Sergius), Series 6, No. 5 (1972) pp. 341-4.

From *Cross Currents* (Summer/Fall 1974), pp. 296-313.

